

„guientes florecieron las de Aniana, y de S. Cornelio
 „Indense, debaxo del Santo Abad Benito. La de Corbe-
 „ya en Francia, por distinguirla de la Corbeya en Sa-
 „xonia, que no fue menos ilustre: la Ferrariense debaxo
 „del Sabio Abad Lupo. La de S. German Antisiodorensis
 „debaxo de Herico, Maestro de Lotario el Menor, hijo
 „de Carlos el Calvo, y de Remigio, famoso Profesor en el
 „siglo siguiente. La de S. Miguel de Lorena debaxo del
 „Abad Smaradgo; esto es, en tiempo de Ludovico Pio:
 „y en fin, por abreviar, la Gemblascense, Beccense, y
 „Ebrulfense, de las quales salieron infinidad de perso-
 „nas ilustres. Puede verse lo que sobre este punto escri-
 „bieron Monsieur Launoy en su Libro de *Scholis*; y
 „Monsieur Joly, Canonigo Parisiense, en su Tratado de
 „*las Escuelas*.“

44 Vea ahora el Disertador si el estudio de las letras hu-
 manas se puede pensar que perjudica à la observancia Re-
 ligiosa, quando en tantos Monasterios Religiosissimos se en-
 señaron à los Monges, quando tantos Varones, no solo doctos,
 mas santos, las introduxeron en ellos; y quando en fin,
 bien lexos de perjudicar à la observancia Monastica, se ha
 notado que esta decaída quando decaían ellas, y revivia
 quando ellas revivian.

45 Pero no lo véa esto solo el Disertador. Véanlo
 tambien ciertos rígidos Censores, que hay tambien por
 acá entre nosotros, y que pretenden que ningun Religio-
 so, y aun ningun Eclesiástico debe estudiar otra cosa
 que las cavilaciones metaphysicas, y las Letras Sagra-
 das; y que salir de ellas à las profanas, es en alguna
 manera apostatar de su estado, ò salir del Claustro à
 vagar por el mundo. Quisiera yo que aquellos, à
 quienes Santo Thomás nunca se les cae de la boca, para im-
 probar todo lo que no es Santo Thomás, hiciesen lo que
 hizo este gran Doctor, ò por lo menos dexasen en paz à
 los que procuran hacerlo. Santo Thomás de todo estudió,
 de todo supo, como se vé en tantos similes como usa de
 las materias de otras Ciencias para explicar las theologi-
 cas.

cas. De Santo Thomás se puede decir lo que el Santo,
 citando à San Geronymo, dice de los antiguos Doctores:
*Doctores antiqui in tantum Phylosophorum doctrinis at-
 que sententiis, suos resperserunt libros, ut nescias quid
 in illis prius admirari debeas, eruditionem sæculi, an
 scientiam Scripturarum.* (1 part. quæst. 1, artic. 5.). San-
 to Thomás entendió en aquellas siervas, ò criadas, que en
 el capitulo nono de los Proverbios se dice estaban al man-
 dado de la Sabiduría: *Misit ancillas suas, ut vocarent ad
 arcem*, las Ciencias humanas, que sirven à la Theologia;
 por consiguiente conoció que el ministerio de todas ellas es
 conducente para el estudio de su soberana doctrina (*ibi in
 argumento, sed contra*).

46 Pero esto mas es para personas de otra clase, que pa-
 ra el Disertador; en cuyo combate prosigo, usando de otro
 argumento experimental, que no me parece menos fuerte
 que el pasado. El Disertador en la experiencia pretendió
 hallar apoyo à su opinion, pero con tanta infelicidad como
 se ha visto. Yo prosigo en llamarla à favor de la mia; y
 como me ha asistido bien en el argumento pasado, espero
 haga lo mismo en el que voy à proponer, y en que argu-
 yo de este modo.

47 Si la Ciencia fuese contraria à la virtud, y el vi-
 cio favorable à ella, entre los doctos sería mucho ma-
 yor el numero de los viciosos, que el de los virtuosos.
 La razon es clara; porque en ellos, demás de los estí-
 mulos con que los inclina al vicio nuestra depravada na-
 turaleza, como à todos los demás hombres, concurriria
 al mismo lamentable efecto el influxo de la Ciencia, pe-
 ro la experiencia acredita lo contrario: luego, &c. La
 mayor del sylogismo queda probada concluyentemente;
 con que si la menor no se niega, es evidente la conse-
 quencia. ¿Y tendrá el Disertador audacia para negarla?
 Puede ser; porque solo de esta barra ardiendo se puede
 asir, para no dexarse ahogar: quiero decir, no tiene otro
 recurso para evitar la conviccion. Pero entre tantos como
 han viajado algo por el Mundo Literario, ¿habrá alguno
 que

que no se escandalice, al verle negar aquella menor? En cualesquiera de estos libros, que llaman Bibliothecas, no solo de esta, ò aquella Familia Religiosa, mas tambien de las Nacionales, en que se dá noticia de los escritos de innumerables Sabios, y juntamente tambien por lo comun de sus qualidades morales, se palpa que es mucho mayor el numero de los virtuosos. Aun fuera de las Colecciones Bibliothecarias, otros innumerables libros históricos, en quienes se hallan por ocasiones, que la narracion de los sucesos frecuentemente ofrece, noticias dispersas de muchos hombres de doctrina sobresaliente, testifican lo mismo. Y esto aunque solo se haga la cuenta de los que unicamente dieron su aplicacion à las Ciencias humanas; pues si bien se debe confesar, que en los que pusieron todo su estudio en las Divinas Letras, se nota con mucha mas frecuencia, ò una mas exemplar piedad, ò una mas depurada virtud; aquella honestidad moral menos severa, que basta para evitar la destemplanza, la lascivia, la malevolencia, la ambicion, la avaricia, y sobre todo, el libertinaje, y la impiedad, se observa tambien comunisimamente en los primeros.

48 Hacen visible lo mismo innumerables libros modernos, en que hallan noticias de los Phylososofos, y Mathematicos, que están repartidos en tantas Academias Europeas. Aun entre los sabios del Gentilismo es rarissimo el que nos muestra costumbres depravadas. Es verdad, que tanto por los antiguos, como por los modernos, dados à las Letras Humanas, es menester alguna indulgencia para los Profesores de la Poesia. O sea que se inclinan mas al exercicio de este Arte los genios amatorios, ò que la viveza de la imaginativa, tan necesaria para hacer buenos versos, sea poco conciliable con aquella sosegada madurez, que regla las costumbres, no se puede negar que ha habido muchos Poetas, especialmente entre los Lyricos, muy licenciosos, asi en los escritos, como en las acciones.

49 Mas no por eso apruebo que Platon los expeliese de

de su República, ni que Ciceron en el lib. 2 de las Qüestiones Tusculunas, subscribiendo à la máxima de Platon, hablase de ellos con tanta acerbidad, en la qual puede ser influyese algo la xperiencia de su poca habilidad para la Poesia. Sabido es quanta mofa hicieron los Romanos, inteligentes en este Arte, de aquel verso suyo:

O fortunatam natam me Consule Romam!

50 Y con razon; ¿porque qué otra cosa merece sino un fastidioso desden la puerilidad de aquel eco? Por lo que mira à Platon, pudieron dar motivo à su enojo con la Poesia, yá la licenciosa perulancia de los Comicos de aquel tiempo, yá las insolentes invectivas de Aristofanes en la Comedia de las *Nubes*, contra el mejor hombre, que tuvo el Gentilismo; contra Socrates, que, sobre el merito de su virtud, era acreedor al respetoso amor de Platon, por el título de Maestro suyo. Con todo, las intemperancias de los Poetas merecen que los corrijan, no que los destierren; porque la Poesia, contenida en los justos límites, puede tener sus utilidades.

51 El tercer argumento tomaré, yá no de la experiencia, sino del principio, ò causa de esa experiencia, que historicamente he probado. Esto executaré, contemplando lo que al estudio de las Ciencias, mirado en sí mismo, le dá una natural contrariedad al vicio, y por consiguiente una facil asociacion à la virtud; previniendo, que por escoger el terreno menos ventajoso para el combate, fiado en la superioridad de mis armas, procederá el argumento unicamente de las Ciencias, ò Letras Humanas. Discurso, pues, asi:

52 Toda aplicacion, que aparta el pensamiento de aquellos, que lisonjean nuestras pasiones, nos alexa de las acciones viciosas; pues las potencias no pueden llegar al exercicio de ellas, sin que preceda de parte de la imaginativa la representacion de sus objetos; pero la aplicacion à qualquiera estudio aparta el pensamiento de dichos

chos objetos: fuego, &c. La mayor es innegable, por la prueba concluida en ella. Y no es menos fácil la prueba de la menor; porque à la vista del alma sucede en esta parte lo mismo que à la del cuerpo, que fixada firmemente en un objeto, no vé otros, ò los vé confusamente; y aun esa percepcion confusa se ciñe solo à los algo vecinos comprehendidos en un círculo de no mucha amplitud, en cuyo centro está el que se vé directamente, terminado el que llaman los Mathematicos *exe optico*; esto es, aquella linea, que perpendicularmente viene del objeto al ojo, pasando por el centro de la pupila. Esto conocerá qualquiera, haciendo la reflexion de que quando está leyendo la pagina de un libro, solo vé claramente aquella palabra à quien termina directamente la vista; y las que están à los lados, ò arriba, y abaxo con alguna confusion; mayor, ò menor ésta, segun la mayor, ò menor distancia de la linea del *exe optico*; de modo, que para continuar la letura es menester ir sucesivamente moviendo el ojo de unas letras à otras.

53 Los objetos de las pasiones viciosas están por lo comun bastantemente distantes de los objetos del estudio literario; y aunque la distancia no sea tanta, que se nieguen enteramente à la vista, solo lograrán una percepcion confusa; por consiguiente, solo harán una impresion tan leve, ò exercerán un atractivo tan débil en el alma, que se pueda superar con muy poca fuerza.

54 Es verdad que para que el efecto, que se solicita, sea algo considerable, es menester que el objeto del estudio sea algo agradable al alma, y de objeto del entendimiento pase à serlo de la voluntad; siendo cierto, que solo ganando esta potencia, puede empeñar mucho la atencion de aquella. Pero el conseguir esto es fácil à aquellos, à cuyo arbitrio está elegir este, ò aquel estudio, esta, ò aquella letura. En los que carecen de este arbitrio puede, para el efecto de impeler à la aplicacion, suplir el deleyte del estudio la coaccion, la esperanza del premio, ò el miedo del castigo de quien los domina.

Pe-

55 Pero en quien puede elegir para sí mismo, ò tiene facultad para determinar à quien esté debaxo de su dominio, en caso de no predominarle una fuerte propension à otro estudio, ò ligarle à él la obligacion de su estado, se debe preferir à todos los demás el de las Mathematicas, porque es mucho lo que estas engolosinan el entendimiento, y por consiguiente la voluntad, aun de aquellos que no por predileccion, sino por otro qualquiera motivo se introduxeron à ese estudio. Y yo aconsejaria à todos los Señores, que, para dexar à sus hijos en un estado muy cómodo, no necesitan de ponerlos en la carrera de alguna Ciencia, los aplicasen à las Mathematicas. Nadie tanto como los hijos de los poderosos necesitan de ese lenocinio literario para colocarse fuera del atractivo del vicio, para el qual les presentan innumerables ocasiones el poder, y lustre, consiguientes à su nacimiento.

56 El poder de las Mathematicas, para segregar el alma de todas afecciones materiales, y aun para extinguir en algun modo toda su sensibilidad hácia ellas, tiene una alta prueba en dos insignes exemplos, uno antiguo, otro moderno: aquel el del Syracusano Archimides; éste el del Francés Francisco Vieta. Rendida Syracusa despues de un largo asedio à los Romanos, que Capitaneaba el Consul Marcelo, entraron los sitiadores en la Ciudad con el furor belico, que les inspiraba el dolor de lo mucho que habian padecido en aquel sitio. Pero moderó aquel la benignidad del Consul, no permitiendo otro desahogo que el del pillage. La conturbacion, el tumulto, la voceria insultante de los vencedores, y lastimera de los vencidos en un tan gran Pueblo eran quales es fácil imaginar en semejante lance. ¿Quién creería que hubiese entonces algun Ciudadano que en tan desecha tormenta gozase la serenidad de la mas tranquila calma? Sí le habia, y este era Archimides: el qual, al mismo tiempo embebido en una dificultisima demostracion mathematica, estaba dentro de su gavinete tirando las

Tom. IV. de Cartas.

Q

li-

lineas pertenecientes à ella, tan absorto, que nada percibía de un estrepito, que se hacía oír à grandes distancias; y llegando à él un Soldado Romano, que le intimó le siguiese para presentarle al Consul, le pidió Archimides esperase un poco mientras concluía la solucion de un problema, que estaba demostrando. Mas el Soldado, que ni entendía de demostraciones, ni sabía qué cosa eran problemas; irritado de la demora del Mathematico, que atribuyó à desprecio, le atravesó el pecho con la espada, y así murió aquel grande hombre, malográndose juntamente su demonstracion, que, si, como algunos adivinan, era la de la quadratura del circulo, fué un daño grande para las Mathematicas, y para los Mathematicos; porque pérdida entonces, nunca se pudo hallar despues: y fuera menor la pérdida, si se hubiera perdido tambien la esperanza de ella; pues subsistiendo esta por espacio de veinte siglos, hizo perder inutilmente mucho tiempo en su investigacion à innumerables ingenios.

57 Ni merece menor consideracion el caso de que habiendole ocurrido à Archimedes, al tiempo que se estaba bañando, el ingeniosísimo modo que halló para descubrir à punto fixo la cantidad de plata que un infiel Artifice habia substituido à una porcion del oro, que el Rey Hieron le habia entregado para fabricarle una Corona, loco del goco de la invencion, al momento saltó desnudo del baño, publicando en descompasadas voces el hallazgo.

58 De Francisco Vieta, insigne Mathematico del siglo pasado, que, con el utilísimo invento de la *Algebra*, que llaman *Especiosa*, facilitó mucho à los de su profesion todo genero de calculo, se cuenta, que algunas veces estaba por espacio de tres dias con sus noches embebido en sus especulaciones, sin tomar alimento alguno; y sin mas sueño, que el de algunos pocos momentos, en que reposaba la cabeza sobre el brazo apoyado en el de la silla. Así se lee en el Moreri, que cita para ello el

testimonio de aquel grande Historiador Jacobo Augusto Thuano, à que agrega el de Vosio, y Scaligero.

59 Supongo que à muy pocos estudiosos dá la naturaleza temperamento proporcionado para estos raptos extaticos del orden natural; así como à muy pocos espíritus contemplativos eleva la Divina Gracia à esotros extasis de orden superior. Pero mucho menor embebecimiento basta para suspender, mediante el olvido de sus objetos, la maligna inspiracion de los objetos viciosos.

60 El mismo efecto que la aplicacion al estudio de las letras hace en parte la letura de los libros, aun quando no se busca en ellos la doctrina, sino la diversion honesta; porque la delectacion en la letura, llamando à ella el entendimiento, le aparta de otros objetos, cuya consideracion es peligrosa. Supongo que esa delectacion no se ha de buscar por sí sola, ò parando en ella, sino por algun motivo racional, y justo; pues el Papa Alexandro VIII condenó la opinion, que daba por licito gozar el apetito de sus actos, precisamente por la delectacion que de ellos resulta. Pero es fin honestísimo para la delectacion en la letura desviar con ella el animo de otros pensamientos, que pueden ser dañosos. Y para este fin, tanto la letura será mas util, quanto sea mas intensa la delectacion; porque à proporcion de ella será mas firme la adherencia del animo à ese objeto, y por consiguiente mas constante la separacion de otros.

61 Pero sin ese fin hay otros, que pueden hacer honesto ese deleyte, como evitar la ociosidad, buscarla como descanso de otras ocupaciones fatigantes, ò como remedio al fastidio que suele causar la continuacion de leturas mas serias, ò como fuga de aquel grande enemigo del cuerpo, y del alma, la *tristeza*. Todo lo que se refiere à fin honesto, se refiere al ultimo fin, à Dios, por lo menos virtual, ò mediatamente, aunque siempre será mas conveniente, y laudable hacer (que es facil) esa relacion explicita, y formal.

62 Con cuya ocasion me atrevo à decir, que me pa-

rece nimia la severidad de aquellos Padres, Superiores, ò Maestros, que totalmente prohiben la lectura de mera diversion, aun la que de ningun modo es nociva à los que tienen debaxo de su mando. Ello es preciso conceder en todas edades alguna alegre libertad al animo fatigado, para que cobre fuerzas. Una continua taréa las debilita, las apoca, y las aniquila. El exercicio del estudio, de la oracion, ò mental, ò vocal, ò de la enseñanza, estudio, ò otra qualquiera ocupacion seria, sin intermision alguna, pide, ò un temperamento de bronce, ò aquella especial asistencia de la gracia, que Dios concede à muy pocos. Del doctísimo Cardenal Henrico de Noris se lee, que estudiaba catorce horas cada dia: lo mismo dice de sí el célebre Caramuél. Apenas en la vasta Region de la República Literaria se hallarán diez, ò doce, que puedan tolerar este trabajo, ni aun por solos ocho dias, sin arruinar la salud. Sabido es lo que se cuenta de San Juan Evangelista, que significandole en cierta ocasion un Cazador, que tenia su arco en la mano, la admiracion que le causaba vér que un hombre, en todo grande, se entretubiese en hacer alhagos à una perdiz domesticada, le preguntó el Apostol si en aquel arco tenia siempre tirante la cuerda? A lo qual respondió el Cazador, que eso no podia ser sin que el arco perdiese enteramente la fuerza del resorte: le repuso el Santo, que lo mismo sucedia al alma, que perdía la fuerza para los exercicios santos, y devotos, si estaba siempre ocupada en ellos, sin interponer alguna inocente recreacion, qual era la que él tomaba con aquel agradable paxarito.

63 Pero siendo preciso mezclar à las ocupaciones serias uno, ò otro rato de diversion honesta, que esparza el ánimo, ¿qual mejor que la plácida lectura de algunos Escritos amenos? La caza es para pocos. No à todos es permitido el paséo por sitios deliciosos, sobre que muchos Países carecen de toda amenidad. El juego tiene sus riesgos. La Musica, solo los Principes, ò grandes Señores la logran siempre que gustan de ella. La agradable

con-

conversacion à muchos falta. Libros divertidos en todas, ò casi todas partes los hay, y con la variedad suficiente para no padecer el fastidio que puede ocasionar la repetida lectura de los de la misma especie; pues aunque no los tenga propios el que necesita esa diversion, es facil lograrlos prestados de un amigo, ò un vecino del mismo Pueblo, ò de otro poco distante.

64 Pero advierto, que quando proponiendo, como útiles, aun los libros de mera diversion, asiento, que de estos hay bastante copia en todas partes: hablo en esto, no segun mi concepto particular, sino segun la comun estimacion que dá por tales à infinitos: Mas yo estoy en la inteligencia de que son poquisimos los libros de quienes, demas de la utilidad de la diversion, no se puede sacar el fruto de tal qual enseñanza. Asi me lo ha persuadido la experiencia; pues puedo protestar, que habiendo, en el largo discurso de mi vida leído libros de todas clases (à excepcion de los pocos en quienes reconocia algun ingrediente de cierta qualidad venenosa), apenas pasé los ojos por alguno, à cuya lectura no debiese algo de instruccion apreciable en una materia, ò otra.

65 Debe suponerse, que siempre excluyo de todo uso aquellos libros, mas de perversion que de diversion, en quienes se pretende pasar, à titulo de chiste, la imprudente licencia. Y con esto doy fin à esta Disertacioncilla, en que empecé hablando con un amigo, y proseguí escribiendo para todo el mundo.

